

UN ASPECTO DE LUIS CERNUDA

Alfredo Bryce Echenique

Para Luis Cernuda, en contraste con gran parte de sus contemporáneos de generación, poesía y vida (entendida esta última como vida personal, autobiografía) van indefectiblemente unidas. Con todo, en la poesía de Cernuda —advierte Alfredo Bryce en estas páginas— el incidente, la experiencia, lo “real” es un mínimo punto de partida para subrayar que los contenidos amorosos son universales con independencia de quién sea el objeto de ese amor, y que en todo amor, sea cual fuere su forma, hay una potencialidad de dignidad y belleza. La visión cernudiana del amor, destaca Bryce, es nueva y antigua a la vez. Porque también así vieron el amor, en sus formas más excelsas, poetas provenzales, italianos, renacentistas, románticos. De ello Cernuda tuvo plena conciencia y por eso su poesía está llena de ecos: Garcilaso, Aldana, Bécquer, Hölderlin, Donne, Wordsworth...

ALFREDO BRYCE ECHENIQUE. Novelista. Licenciado en Derecho y Doctor en Letras por la Universidad de San Marcos de Lima. Ha enseñado en distintas universidades; entre ellas, la Universidad de Nanterre, la Sorbona, Vincennes y la Universidad de Paul Valéry de Montpellier. Autor de las novelas *Un Mundo para Jullios*, *Tantas veces Pedro*, *La Vida Exagerada de Martín Romana*, y *No me esperen en Abril*. Sus memorias *Permiso para Vivir* fueron publicadas en 1993 por Anagrama.

En los últimos años la figura literaria de Luis Cernuda se ha ido agrandando y precisando cada vez más, pasando al primer plano dentro del marco de la llamada generación de 1927. Es más, podría decirse que, por el carácter de su poesía y de su obra crítica, constituye una personalidad solitaria y aislada. El balance a que periódicamente y de una manera fatal —por el juego de la historia y la sucesión de generaciones— está sometida toda literatura contemporánea, al mismo tiempo que va haciendo retroceder a segundas y terceras filas a escritores que parecieron ocupar el centro de la escena y que lo ocuparon de hecho, no siempre justificadamente, va por otra parte, ese balance, confirmando y precisando la significación y permanencia de otros que constituyen los hitos esenciales de nuestra literatura durante el siglo XX. Que sea para mal o para bien, no es este ahora el problema. La estatura de Cernuda se va acercando cada vez más a la de un Unamuno, un Machado, un Juan Ramón Jiménez, y sus recientes valoraciones toman casi la forma gozosa de un descubrimiento. Si los ensayos críticos positivos han jugado un papel importante¹, creemos más eficaz aún la receptividad de la poesía más reciente a la obra de Cernuda, cuya influencia es cada vez más evidente en las publicaciones poéticas de los últimos años².

Tema capital, como ha subrayado Silver en su estudio sobre el poeta sevillano, es el tema del amor, lo que en fin de cuentas integraría a Cernuda en una amplia tradición de poesía europea. Pero, en este caso, es necesario hacer una salvedad.

El amor de que Cernuda habla y sobre el que se sostiene su obra es un amor de carácter homosexual, lo que le pone en una situación conflictiva radical respecto a la sociedad que le rodea. Con algunas excepciones, es cierto, los críticos han pasado como sobre ascuas por este problema, bien escamoteándolo o bien dándolo por sabido y como secreto a voces, sobre el que no hay que insistir. Pero es una tolerancia y discreción que Cernuda no les pide. Al contrario, creemos que es un mal servicio hecho a la poesía de Cernuda el soslayar su aspecto agresivo y provocador que significa asumir su forma de ser particular, para lo que se necesitaba una valentía poco común en la España de su tiempo. En un ensayo sobre Gide, publica-

¹ Entre la bibliografía dedicada a Cernuda merece destacarse el ensayo de Octavio Paz, "La Palabra Edificante", recogido en su libro *Cuadrivio* (1965), y la tesis de Philip Silver, "*Et in Arcadia ego*": A Study of the Poetry of Luis Cernuda (1965), recientemente traducida al español y publicada en Ed. Alfaguara.

² Véanse las antologías de nueva poesía, por ejemplo, *Nueve Novísimos* (Barral, 1970), *Poetas Españoles Poscontemporáneos* (Barcelona: El Bardo, 1974), *Espejo del Amor y de la Muerte* (Madrid: Bezoar, 1971).

do en 1946, al hablar de *Corydon*, libro con el que no está de acuerdo, Cernuda dice:

Corydon resulta incompleto, y acaso el autor lo quisiera así, significando que el acto de ocuparse con tal tema era más importante que el desarrollo suficiente del mismo³.

Es decir, para Cernuda no es el tema de *Corydon* lo más importante del libro, sino *el hecho de publicarlo* y hacer frente al público, arriesgándose a toda clase de críticas. Cernuda lo que aprecia es el acto de sinceridad y de lealtad consigo mismo y en esas dos cualidades fundará la admiración que tuvo siempre a Gide.

Que Cernuda no era en España el único escritor de su tiempo con lo que llamaremos anomalías afectivas no es ningún misterio. Ahora bien, cuando el escritor homosexual traduce sus fantasmas en términos heterosexuales, bien sea por pudor, o por adaptarse a una convención social, o a la búsqueda —si se quiere— de una mayor universalidad, su anomalía tiene un interés secundario y subrayarla es más bien curiosidad malsana o chisme porteril. El caso de Cernuda es diferente. En Cernuda se trata de una afirmación clara. Desde los poemas de *Un Río, Un Amor*, escritos en 1929, el tema aparece, con dignidad, pero sin reticencias en su poesía y mantendrá su continuidad hasta sus últimos escritos. Si Cernuda entre *Perfil del Aire* (1927) y *La Realidad y el Deseo* (1936) publica pocos libros⁴, el desarrollo de su obra poética y las diferentes secciones que constituirían, en 1936, *La Realidad y el Deseo*, eran de sobra conocidas por los lectores a través de numerosas revistas de poesía publicadas por entonces⁵.

La primera edición de *La Realidad y el Deseo*, publicada por las ediciones de la revista *Cruz y Raya*, sale en 1936. Recoge este libro la producción poética del autor a lo largo de diez años. Pero el libro era la consagración de la labor creadora de un poeta bien conocido y que se había hecho un puesto indiscutido y respetado entre los escritores de su generación.

El libro hubiera podido tener un impacto mayor si no hubiera sido éste amortiguado a causa de la guerra civil española. Salió a la venta en el

³ *Poesía y Literatura* (1965), p. 142.

⁴ Una antología de sus poemas *La Invitación a la Poesía* (1933) y *Donde Habite el Olvido* (1934).

⁵ De los treinta poemas de *Un Río, un Amor*, se publicaron catorce en revistas; siete de los diecisiete de *Donde Habite el Olvido* (1934). De los diez poemas de *Invocaciones*, fueron publicados cinco.

mes de mayo, ya de cara al verano, momento no de los más propicios para suscitar ecos; menos de dos meses después se produciría la sublevación militar, lo que relegó las preocupaciones literarias a un segundo plano, subordinándolas a las necesidades prácticas de la lucha. Todo ello no impide que *La Realidad y el Deseo*, lo que viene a ser toda la poesía de Cernuda en el momento de esa publicación, entre dentro de la noción de *escándalo*.

En primer lugar: para la visión cernudiana del amor no hay precedentes en las letras españolas y esto supone la creación, casi a partir de la nada, de todos los elementos expresivos que permitan al lector, no implicado forzosamente en el problema, la comprensión de los textos, sin provocar una reacción defensiva o de escarnio. Y en segundo lugar: si no hay precedentes es porque la estructura y la ideología de la sociedad española del momento eran de una gran reticencia para este tipo de problemas, como de hecho siguen siéndolo hoy. Se vive sobre la polaridad de un repertorio de valores “masculinos”, “viriles”, al que se opone —en el otro extremo— un repertorio de valores “femeninos”, con carácter paradigmático y coercitivo. Entre estos dos extremos no queda sitio para nada ni para nadie⁶. En una parte la mujer, dotada por la naturaleza de misteriosas y nativas cualidades de “femineidad”, y que encuentra en la maternidad su realización definitiva; en la otra parte y, hablando un poco desgarradamente, el “macho”, con todas sus determinaciones específicas: dureza, realismo, sequedad, brutalidad, etc. Se supone tácitamente que esos valores de *machismo* y *femineidad* son algo dado en la comunidad española. Hay incluso quien llega a hacer de ello asunto patriótico y encuentra aquí lo que los diferencia de lo extranjero, radicalmente.

En consecuencia, todo lo que no cumple hasta un cierto límite esos valores queda excluido de la comunidad. Se le desplaza y asimila al mundo marginal de la delincuencia o de la prostitución, se le interpreta en términos de culpabilidad —vicio— o en términos de degradación —degeneración. La comunidad se crea un muro de protección contra el homosexual que va desde el arsenal de leyes o condenaciones de tipo religioso al insulto o chiste de mal gusto. En esta actitud hay todas las gradaciones, desde la violencia calificada hasta la tolerancia, más o menos generosa, teñida de piedad. Pero, en cualquier caso, se le considera fuera, como un ser aparte, como algo monstruoso.

⁶No hay mucha bibliografía sobre este tema, quizás porque no hay suficiente distancia para tratarlo. Algunas consideraciones de interés pueden verse en José M^a. Rodríguez Méndez, *Ensayo sobre el Machismo Español* (1971).

Así segregado, el homosexual se ve empujado a vivir en un mundo propio, cerrado, mezcla de “ghetto” y asociación secreta en el que se desarrollan comportamientos, gestos e, incluso, modos de hablar propios de toda vida de grupo cuando éste se ve obligado a definirse respecto a los demás. Tácitamente tolerado, este mundo marginal dentro de la comunidad está a la merced de todas las agresiones y abusos. En la práctica funciona como un complemento de la comunidad, a la que le permite desviar la atención en lo que concierne a su propia miseria sexual y afectiva⁷, un poco como el gitano sirve para proyectar sobre él el desamparo de algunos grupos sociales. En el ensayo, antes citado, sobre Gide, el mismo Cernuda define ese mecanismo:

Y lo curioso es que aquellos que más bajamente sienten el instinto amoroso normal son quienes más denuestos lanzan contra quienes sienten ese mismo instinto en otra forma, por noble que su amor sea, olvidando la propia bajeza para atender solamente a la ajena real o supuesta⁸.

Cualquier segregación aceptada como una *tolerancia* por parte del “otro” es reaccionaria. Contribuye al mantenimiento de un orden convencional al que el segregado sirve de chivo emisario y hace de él un personaje grotesco y cómico, sin posibilidad absoluta de asentarse en la comunidad.

Con un cierto humor y distancia ha descrito Cernuda esa situación, en una prosa de *Ocnos*:

En las largas tardes del verano, ya regadas las puertas, ya pasado el vendedor de jazmines, aparecían ellos, solos a veces, emparejados casi siempre. Iban vestidos con blanca chaqueta almidonada, ceñido pantalón negro de alpaca, zapatos rechinantes como el cantar de un grillo, y en la cabeza una gorrilla ladeada, que dejaba escapar algún rizo negro o rubio. Se contoneaban con gracia felina, ufanos de algo que ellos solos conocían, pareciendo guardarlo secreto, aunque el placer que en este secreto hallaban desbordaba a pesar de ellos sobre las gentes.

Un coro de gritos en falsete, el ladrar de algún perro, anunciaba su paso, aun antes de que hubieran doblado la esquina. Al fin surgían,

⁷ Una de las características de ese período es la pululación de revistas y novelas pornográficas de la más baja estofa. No es tanto el problema de la existencia de ese tipo de literatura, que se da en todas partes, sino el de su enorme difusión y tirada en perjuicio de obras de mayor interés, y el prestigio de que disfrutaban personajes ocupados en estas tareas bajamente comerciales, como Joaquín Belda, Artemio Precioso, Hoyos y Vinent, el Caballero Audaz y tantos otros autores de “novelas fuertes”.

⁸ *Poesía y Literatura* (1965), p. 145.

risueños, y casi envanecidos del cortejo que les seguía insultándoles con motes indecorosos. Con dignidad de alto personaje en destierro, apenas si se volvían al séquito blasfemo para lanzar tal pulla ingeniosa. Mas como si no quisieran decepcionar a las gentes en lo que éstas esperaban de ellos, se contoneaban más exageradamente, ciñendo aún más la chaqueta a su talle cimbreante, con lo cual redoblaban las risotadas y la chacota del coro.

Alguna vez levantaban la mirada a un balcón, donde los curiosos se asomaban al ruido, y había en sus descarados ojos juveniles una burla mayor, un desprecio más real que en quienes con su morbosa curiosidad les iban persiguiendo. Al fin se perdían al otro extremo de la calle. Eran unos seres misteriosos a quienes llamaban “los maricas”⁹.

Si hemos citado íntegro este recuerdo de su infancia es para subrayar que Cernuda queda, por completo, fuera de ese mundo que, al fin y al cabo, está integrado a la comunidad. Constituye un elemento discordante, pero un elemento más de su “paisaje”. La actitud en su poesía y en su vida le lleva a enfrentarse con las posibilidades que deja la comunidad española al homosexual: la hipocresía tolerante a cambio de la discreción y el salvar las apariencias o la aceptación de una personalidad de grupo semitolerado que permitiera guardar las distancias. Cernuda al afirmarse abiertamente como diferente y digno al mismo tiempo escoge una tercera vía que no estaba prevista y cuya consecuencia era, fatalmente, la soledad. Soledad agresiva en sus primeros momentos de escritor. Cuando, en 1932, Gerardo Diego le pide unas líneas de introducción a los poemas incluidos en la famosa antología *Poesía Española Contemporánea*, Cernuda escribe:

No valía la pena de ir poco a poco olvidando la realidad para que ahora fuese a recordarla, y ante qué gentes. La detesto como detesto todo lo que a ella pertenece: mis amigos, mi familia, mi país.

No sé nada, no quiero nada, no espero nada. Y si aún pudiera esperar algo, sólo sería morir allí donde no hubiese penetrado aún esta grotesca civilización que envanece a los hombres¹⁰.

Más tarde, en la segunda edición de la antología, en 1934, Cernuda matizaría un poco estas palabras desgarradas e insolentes, dejando un reducido margen, una puerta entreabierta para sus auténticos amigos. Pero, en el fondo, su posición sigue siendo la misma y, en líneas generales, aunque en otra forma más compleja, se mantendrá hasta el final de su vida.

⁹ *Ocnos* (1963, 3a edición), pp. 37-38.

¹⁰ *Poesía Española Contemporánea (1901-1931)* (1968), p. 656.

¿Qué pensar de estos exabruptos malhumorados? No hay que precipitar un juicio de valor sobre estas líneas que brotan orgullosas de la pluma de uno de los hombres más ecuánimes que han tenido las letras españolas. “Mis amigos, mi familia, mi país”, “esta grotesca civilización”, es la reacción lógica de Cernuda ante una sociedad hostil y anclada en sus convencionalismos. Sociedad hostil porque convencional. Ese sistema de respeto ante las apariencias, de falsas jerarquías y valores que Cernuda cubría con el desdeñoso epíteto de “lo burgués”, se viene abajo —para él— en el momento que escoge, como Gide, el camino de la sinceridad y de la lealtad consigo mismo. Su actitud le lleva a considerar como el mayor de los males la hipocresía general, el desfase entre principios y actos. La sociedad, la familia, le parecen hechas de exclusiones, regidas por el afán de dominio. La libertad es palabra vacía. De aquí que paralelamente al tema amoroso lleve la poesía de Cernuda una carga de crítica de la sociedad en que vive. Se hace visible ya en textos como “El Mirlo, la Gaviota” de *Los Placeres Prohibidos*¹¹, publicado en revista en 1931, pero toma forma concreta y abierta en el poema “La Gloria del Poeta”, que integra la serie *Invocaciones*¹². Esa sociedad es, sobre todo, la sociedad de las ciudades, de la civilización y del industrialismo, del dinero. Frente a ella opone Cernuda un mundo natural y que, por el hecho de ser natural, es un mundo libre y sin exclusiones. En su estudio sobre Cernuda, Philip Silver ha analizado el valor del sentimiento de la naturaleza en el poeta, el carácter que tiene ésta de paraíso perdido por darse en él la infancia, período de la vida en el que la distancia entre deseo y realidad apenas existe. Si el análisis de Silver es justo, no hay que olvidar tampoco que el propio Cernuda, en 1946, nos define lo que entiende por naturaleza:

Ya sería bastante si *Corydon* convenciera a algunos de cuán presuntuoso resulta trazar normas a la naturaleza... Todo lo que vive, por el hecho de vivir, está dentro de lo natural, y en cuanto natural, es normal¹³.

Una sociedad natural, una sociedad válida sería pues —repetimos— una sociedad sin exclusión de ningún género, en donde habría un puesto para todos y respeto para cada función. Como ha dicho Cernuda en donde hubiera sitio “para el hombre de Estado, pero también para el poeta”, que es el gran excluido. Con toda evidencia no era esa la sociedad

¹¹ En *Poesía Completa* (1974), p. 137. Todas nuestras citas de poemas se refieren a esta edición.

¹² *Poesía Completa* (1974), p. 183.

¹³ *Poesía y Literatura* (1965), p. 144.

en que vivía. La evolución de los acontecimientos, la tensión política de los últimos años de la República española le hacen pensar en un cambio posible, lo que le lleva a tomar posiciones extremas. Publica entonces textos de contenido revolucionario concreto¹⁴, en la revista *Octubre* de Rafael Alberti. Uno de esos textos, aunque exageradamente destructivo y demasiado confiado en las posibilidades reales de la revolución, es significativo e interesante para mostrar su estado de espíritu en aquellos momentos:

Llega la vida a un momento en que los juguetes individualistas se quiebran en las manos. La vista busca en torno, no tanto para explicarse la desdicha como para seguir con nueva fuerza el destino. Mas lo que ven los ojos son canalladas y, en todo lugar, indignantes desigualdades en las que siempre resulta favorecido el estúpido. Se queda, pues, en peor situación de espíritu. Este mundo absurdo que contemplamos es un cadáver en cuyos miembros remueven a escondidas los que aún confían en nutrirse con aquella descomposición. Es necesario, es nuestro máximo deber enterrar tal carroña. Es necesario acabar, destruir la sociedad caduca en que la vida actual se debate aprisionada. Esta sociedad chupa, agosta, destruye las energías jóvenes que ahora surgen a la luz. Debe dársele muerte; debe destruírse antes de que ella destruya tales energías y, con ellas, la vida misma. La vida se salvará así¹⁵.

Al llegar la guerra civil se incorpora Cernuda a la lucha, colaborando asiduamente en la revista *Hora de España*:

Al principio de la guerra, mi convicción antigua de que las injusticias sociales que había conocido España pedían reparación y de que ésta estaba próxima, me hizo ver en el conflicto no tanto sus horrores, que aún no conocía, como las esperanzas que parecía traer para el futuro...

Me parecía que, trabajando en lo que siempre fuera mi trabajo, la poesía, estaba al lado de mi tierra y en mi tierra. Algo de eso quise expresar en los poemas escritos durante el año primero de la guerra civil, que luego formaron parte de *Las Nubes*¹⁶.

Si la actitud de Cernuda fue siempre neta en tanto que condena del levantamiento militar y sus trágicas consecuencias para España, el problema se hace más complejo en lo que a la República y a la zona republicana,

¹⁴ “Vientres Sentados”, revista *Octubre*, abril de 1934, en *Poesía Completa* (1974), p. 553.

¹⁵ *Crítica, Ensayos y Evocaciones* (1970), p. 91.

¹⁶ “Historial de un libro”, en *Poesía y Literatura* (1965), p. 256.

en donde estaba, se refiere. Más tarde, en 1958, en *Historial de un Libro*, hablará de su decepción. Pero no es necesario ir tan lejos en el tiempo. En 1937, en *Hora de España*, publica un texto en el que se transparenta su ánimo desconcertado y desilusionado; hablando de su lectura de Stello de Vigny, durante el asedio de Madrid, dice:

No se crea que estas líneas las traza un optimista de la poesía que pudiéramos llamar bendita, reconocida por el Estado y con el poeta a su lado oficialmente... Cerradas ya las ventanas... allí en la cama iba recorriendo las altaneras páginas de *Stello*, que, como el lector recordará, son una terrible comprobación, a través de las diversas y sucesivas formas de Estado, del abandono en que siempre se deja a los poetas. En el pecho se debatían la convicción inquebrantable de la eterna hostilidad hacia el poeta en cualquier régimen político y la adhesión, también inquebrantable, del poeta que en este trance español le ha tocado vivir, a la causa popular¹⁷.

Sale Cernuda de España en 1938 y, consecuente con su actitud, no vuelve a poner los pies en ella. La impresión que dejó en él la guerra civil es de catástrofe total, de barbarie, en la que nada ni nadie se salva. Al margen de esta idea de España fratricida, se irá perfilando en sus evocaciones históricas —*El Ruiseñor sobre la Piedra, Silla del Rey, Águila y Rosa*, etc.— otra idea de España, bajo la imagen de un mundo renacentista idealizado, que no tiene nada que ver con la “España eterna” del 98 sino que —como ya ha observado Silver— se trata más bien de la búsqueda de esencias de una España posible, una España más bien de cara a un futuro, más o menos utópico, pero posible para todos los españoles.

Cernuda, tras la experiencia de la guerra civil, vuelve a entrar —y esta vez de lleno— en la soledad. Y volvemos al punto de partida de este ensayo. Para Cernuda, en contraste con una gran parte de sus contemporáneos de generación, poesía y vida van unidas. Cuando decimos vida entendemos por tal autobiografía, vida individual. Casi sin excepción sus poemas están motivados por situaciones personales o íntimas que van desde la aventura amorosa a la contemplación de un paisaje, desde la experiencia de la amistad a la lectura de un poeta o la audición de una obra musical. En la redacción definitiva, Cernuda, con una intención de universalidad, de trascendencia y de permanencia, por un deseo de reducir lo anecdótico a lo más mínimo, suprime nombres, espacios y fechas. Pero sabemos que están ahí y así nos lo da él a entender. *La Realidad y el Deseo* es en cierta

¹⁷ Líneas sobre los poetas y para los poetas en los días actuales en *Crítica, Ensayos y Evocaciones* (1970), pp. 153-154.

manera una autobiografía literaria; quizás fueran decisivas, en este sentido, las obras de los poetas ingleses que lee durante su estancia en Inglaterra y, especialmente, Donne, Coleridge y Wordsworth. Es indudable que sin esas lecturas la poesía de Cernuda, a partir de *Las Nubes*, no hubiera sido lo que es. El eco de la poesía inglesa se encuentra en el tono moral —no moralizador—, en esa voluntad de conocerse a sí mismo pero de manera que aporte o un proyecto, o una lección, o un acorde con el mundo:

Yo no me hice, y sólo he tratado, como todo hombre, de hallar mi verdad, la mía, que no será ni mejor ni peor que la de los otros, sino sólo diferente¹⁸.

El término *deseo* es, en Cernuda, una sustitución del término *amor*¹⁹, en la medida en que esta palabra aparece gastada para el poeta y llena de connotaciones inoperantes. La utilización del término *deseo* va a dar la primacía a lo que de natural, de impulsivo y de elemental hay en el hecho amoroso. Pero en su tratamiento de lo amoroso, Cernuda no cae nunca en lo circunstancial o en lo anecdótico, y no precisamente porque se trate del hecho amoroso, sino porque, como hemos dicho antes, es un procedimiento general a toda su poesía. Se trata de liberar toda experiencia de sus vínculos con el tiempo y el espacio, que la corroen y destruyen, se trata de dejarla reducida a lo esencial y permanente. Si el amor físico está exaltado es no sólo por el placer en sí, sino, además, por todo lo que de espiritual aporta al hombre: la anulación del tiempo, la identificación con la juventud de la persona amada, la reaparición de la visión total y paradisíaca de la infancia, una fulguración de eternidad que puede luego revivir el poema:

Al amor no hay que pedirle sino unos instantes, que en verdad equivalen a la eternidad, aquella eternidad profunda a la que se refirió Nietzsche²⁰.

Otra visión del amor o el deseo habría llevado al problema que va implícito en la expresión de toda experiencia excesivamente particularizada: su aislamiento, y en último término, su incomunicabilidad. El mundo de Jean Genet, circunstanciado, anecdótico, plástico —pensamos en *Notre*

¹⁸ *Poesía y Literatura* (1965), p. 278.

¹⁹ Véase ampliamente desarrollada esta cuestión en la obra, ya citada, de Philip Silver (1965).

²⁰ *Poesía y Literatura* (1965), p. 279.

Dame des Fleurs o en *Le Balcon*— a pesar de su verosimilitud artística, queda extraño, otro: su crítica social no parece justa pero la sentimos hecha desde otra parte, como si fuera desde otro planeta. Hay una sensación de leer o de contemplar un documento, sobre el que podemos o no tomar posición. Pero es todo. En Cernuda nos encontramos, casi, con la actitud opuesta. Homosexual también, como Genet, el incidente, la experiencia, lo “real” es un mínimo punto de partida, muchas veces ambiguo y traducible en otros términos, para subrayar que los contenidos amorosos son universales con independencia de quién sea o qué sea el objeto de ese amor y que en todo amor, sea cual fuere su forma, hay una potencialidad de dignidad y belleza.

Y se podrá preguntar: ¿qué aporta en este caso el particularismo personal de Cernuda? ¿Su insistencia a lo largo de su obra? Aquí la respuesta no es difícil. El amor cernudiano, por su situación marginal, aparece con un carácter insobornable a todas las categorías coercitivas de la sociedad convencional: matrimonio, familia, jerarquía, trabajo,

la seguridad, ese insecto
anida en los volantes de la luz²¹.

Más de una vez —*La Gloria del Poeta, La Familia*— ha trazado el retrato del infierno de la pareja sin amor, sin urgencias afectivas, el “aguachirle conyugal”, cuya unión se mantiene en función de elementos extraños, de odios y dependencias. Para Cernuda el amor nace y muere, y necesita, para darse de libertad e igualdad de los participantes. Es decir de todo lo que “la ciudad” no puede dar. Si el amor es auténtico será posible el acorde con el universo, con la naturaleza. El amor es así, a través de su experiencia, amor a las cosas, comprensión sin mediación y de aquí que se identifique con la poesía, puesto que ella puede cifrar ese acorde.

La actitud de Cernuda es nueva y es vieja a la vez. La poesía europea, en último extremo, no ha visto el amor de una manera diferente. Tristán e Isolda, el amor de los poetas provenzales, y más tarde de los italianos y renacentistas, se da, en sus formas más excelsas, en un espacio al margen del espacio convencional, al borde siempre de lo imposible y de lo catastrófico. Lo mismo sucederá con los románticos, a los que hay que sumar, en muchos de ellos, la voluntad de llevar a la práctica situaciones que muchas veces antes no pasaban de actitudes *literarias*. Y volvemos a encontrar en Cernuda esta actitud romántica, identificar poesía y vida, para que ésta sea ejemplar lección de libertad e independencia, frente a

²¹ *Poesía Completa* (1974), p. 146.

todos ya todo, para volver a su ser, Arcadia o Edén, intentar construir. En ese sentido, a pesar de las apariencias extremadas, la actitud de Cernuda se enlaza con una tradición poética y la continúa. De ello tuvo plena conciencia y por eso su poesía está llena de ecos —Garcilaso, Aldana, Bécquer, Hölderlin, Donne, Wordsworth— en los que su voz, que sintió clamando en el desierto, encontró a menudo la resonancia que buscaba.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Cernuda, Luis. *La Invitación a la Poesía* (antología) 1933.
- Cernuda, Luis. “Vientres Sentados”. En revista *Octubre*, abril de 1934. Recogido posteriormente en Luis Cernuda, *Poesía Completa*. Barcelona: Barral, 1974.
- Cernuda, Luis. *Donde Habite el Olvido*. 1934.
- Cernuda, Luis. *Ocnos*. México: Universidad Veracruzana, 1963 (3a edición).
- Cernuda, Luis. *Poesía y Literatura*. Barcelona: Seix Barral, 1965.
- Cernuda, Luis. “Historial de un Libro”. En Luis Cernuda, *Poesía y Literatura*. Barcelona: Seix Barral, 1965.
- Cernuda, Luis. *Crítica, Ensayos y Evocaciones*. Barcelona: Seix Barral, 1970.
- Cernuda, Luis. *Poesía Completa*. Barcelona: Barral, 1974.
- Diego, Gerardo. *Poesía Española Contemporánea (1901-1931)*. Madrid: Taurus, 1968 (nueva edición).
- Paz, Octavio. “La Palabra Edificante”. En Octavio Paz, *Cuadrivio*. México: J. Mortiz, 1965.
- Rodríguez Méndez, José M^a. *Ensayo sobre el Machismo Español*. Barcelona: Península, 1971.
- Silver, Philip. “*Et in Arcadia ego*”: *A Study of the Poetry of Luis Cernuda*. Londres: 1965 [recientemente traducida al español y publicada por Alfaguara]. □